



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Los intereses estratégicos de España como potencia media (1)

Enrique Fojón Lagoa y Luis Feliu Bernárdez

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento, Moral y Legislación Militar

16 de junio de 2026

El ensayo de Michael Beckley, del *Foreign Research Institut*, sobre el papel actual de las potencias medias, sean Estados u organizaciones como la Unión Europea, sirve como referencia en la primera parte del texto.

Según nos dice, supongamos que, durante años, algunas potencias medias pudieron ampararse en la hegemonía estadounidense y explotar una economía global en expansión. Podían beneficiarse de la economía de escala sin poseerla. Pero ese mundo está desapareciendo, el crecimiento se ha ralentizado, la globalización se ha convertido en una disputa por puntos y activos estratégicos y las grandes potencias se han tornado más asertivas sin querer llegar a un liderazgo global. El resultado no es un mundo más equitativo con potencias medias en ascenso, sino uno más hostil en el que las dos grandes potencias disponen de más recursos para influir en las demás. El peligro reside en que las potencias medias respondan a esta nueva realidad con buenas intenciones en lugar de con estrategia.

Algunas potencias medias tienen nichos especializados que, de por sí, no garantizan su autonomía. Sólo generan seguridad y prosperidad cuando se integran en sistemas más amplios de protección, tecnología, finanzas y mercados.

Elegir el sistema que ofrezca la mejor protección, fortalezca la posición nacional y emplee esas fortalezas para negociar influencia dentro del sistema de la coalición, descarta la utopía de la autonomía plena, pero preserva la capacidad de progresar y prosperar.

Los cimientos del auge de las potencias medias que anunciaba una era multipolar se desmoronan. La globalización se diluye y el crecimiento rápido se ralentiza. La globalización permitió que las potencias medias prosperaran sin defender sus fronteras, sus cadenas de suministro o sus cuotas de mercado, ya que una potencia global lo hacía. Pero eso se acabó. El crecimiento depende ahora de la capacidad de innovación, de las nuevas tecnologías y de la Inteligencia Artificial, pero la UE acumula un retraso de diez años y España, sin duda, más.



Imagen generada con IA. Gemini Nano Banana 2.

Washington y Pekín no están construyendo mundos rivales separados por un telón de acero como antaño; pugnan por el dominio en una economía global. Su objetivo es controlar sistemas de los que dependen otros: finanzas, tecnología, minerales, energía, corredores de transporte marítimo, comercio, inteligencia artificial y gestión de datos. A primera vista, esta estrategia podría parecer que favorece a las potencias medias que controlan algunos activos o puntos estratégicos, de esos

sistemas, y eso les otorga influencia. Pero influencia no es independencia. Un país que controla un nodo crítico puede perturbar un sistema. Un país que controla múltiples nodos en múltiples sistemas puede decidir quién tiene acceso, en qué condiciones y a qué precio. La Unión Europea tiene influencia en nichos de mercado, pero Estados Unidos posee poder estructural. Las potencias medias pueden controlar algún nicho, pero el «ecosistema tecnológico y de la energía» lo controla Washington.

China carece del alcance financiero, energético, tecnológico y de seguridad que tiene Washington, pero su escala industrial le permite atraer a otros países a cadenas de suministro centradas en China. Sus fábricas producen un tercio de los bienes manufacturados del mundo y el 90% del procesamiento de minerales estratégicos (tierras raras). Esto le aporta a Pekín muchos modos de presionar a las potencias medias. Las potencias medias pueden controlar alguna parte del sistema, pero China controla el «ecosistema industrial y el de depuración de minerales estratégicos (tierras raras)».

Si, como decimos, las potencias medias vuelven a estar en el centro de la escena, la respuesta obvia es unirse. Las coaliciones pueden amplificar las voces de las potencias medias y darles influencia en temas específicos, pero no pueden convertirlas en grandes potencias, es un problema de escala. Las coaliciones de potencias medias se enfrentan a una disyuntiva fundamental: cuanto más grandes son, mayor es su influencia, pero más difícil es mantenerlas unidas (UE), cuanto más pequeñas pueden actuar con rapidez, pero carecen de la masa suficiente para tener un impacto real. Por ello, las coaliciones exitosas suelen necesitar un Estado dentro de la coalición dispuesto y capaz de liderarla hacia un objetivo común, asumiendo costes y desgastes.

Pero esta solución genera una paradoja. La protección hegemónica ayuda a la coalición de potencias medias a aunar recursos y superar divisiones internas, pero también merma su capacidad para valerse por sí mismas. La UE encarna esta paradoja, parece la coalición de potencias medias más prometedora del mundo, pero es un producto de la hegemonía estadounidense. La protección de Estados Unidos hizo posible la integración europea desde los comienzos al suprimir los antiguos dilemas de seguridad del continente. Sin embargo, al hacerlo, también sofocó la voluntad y la capacidad de Europa para ejercer poderío militar. Europa se convirtió en una potencia del bienestar, gastando menos del 2% del PIB en defensa, casi el 25% en protección social, más de la mitad del total mundial, a pesar de tener solo el 5% de su población, ahora se ha convertido en una potencia normativa. Pero hacer normas no significa ejercer el poder.

Europa se acostumbró a comprar lo que necesitaba a una economía global protegida por Estados Unidos, en lugar de fortalecer su industria interna. Se centró en la elaboración de normas, dando por sentado que otros adoptarían sus estándares, pero en cambio, esas normas la llevaron hacia la vulnerabilidad energética y el estancamiento tecnológico e industrial salvo algunos nichos. Cerró centrales nucleares, prohibió el *fracking* y ahora importa el 60% de su energía. Europa ha cambiado su dependencia energética de Rusia por Estados Unidos a mucho mayor coste. Además, gran parte de la economía digital europea se basa actualmente en plataformas estadounidenses: computación en la nube, software empresarial, ciberseguridad, sistemas de inteligencia artificial, sistemas operativos para teléfonos inteligentes y sistemas de pago.

Para Beckley no existe un «orden» de potencias intermedias en el que compren libremente seguridad aquí, tecnología allá y acceso a mercados en otros lugares. De forma coloquial nos indica que el mundo no es un centro comercial, las relaciones se mueven por sistemas y el que los controla impone sus reglas.

Si las potencias medias no pueden mantenerse en solitario, formar un polo de poder o unirse en coaliciones *ad hoc*, deben elegir un sistema más amplio en el que apoyarse. Pueden dialogar y comerciar con quien quieran, pero en las cuestiones fundamentales del poder tendrán que tomar partido: qué armas comprar, qué inteligencia compartir, qué chips y plataformas en la nube desarrollar, a qué redes energéticas unirse, que IA aceptar. Pero, para las potencias medias, el desafío es cómo elegir un protector sin convertirse en peones.

En la elección prima la estrategia de las potencias medias en la conversión de nichos en ventajas. Esos nichos pueden convertirse en moneda de cambio y conseguir el objetivo que no es escapar de la dependencia, lo cual parece imposible, sino lograr que ésta sea recíproca fortaleciendo la posición nacional a la vez que aumenta su valor dentro de una red liderada por una gran potencia. Las coaliciones funcionan mejor que las organizaciones internacionales, son mucho más prácticas y flexibles, identifican la amenaza, coordinan y comparten intereses, aúnan capacidades, asignan roles y fomentan la cooperación antes de que se produzcan las crisis. Su vínculo no reside en la buena voluntad sino en el peligro común.

A medida que se intensifica la rivalidad entre las grandes potencias, incluso las potencias medias más poderosas, tendrán que decidir de qué riesgo o amenaza necesitan escapar con mayor urgencia y qué sistema les ofrece mayor protección a sus intereses estratégicos. Para la mayoría de las potencias medias, esta es una elección entre dos males menores:

Estados Unidos, un aliado cada vez más difícil, pero aún ofrece lo que ninguna otra potencia puede igualar: la protección de las mayores Fuerzas Armadas del mundo; acceso a los mercados de capitales más sólidos, a los principales centros de innovación; acceso a la tecnología avanzada y la entrada en un amplio grupo de aliados ricos y capaces. El poder estadounidense se basa en instituciones democráticas y en un equilibrio de poder.

China ofrece un trato menos ventajoso. Pekín más allá de los préstamos, la infraestructura y la influencia frente a Occidente, no ofrece ni un paraguas de seguridad, ni una moneda de reserva, ni canales políticos abiertos a través de los cuales los socios más débiles puedan negociar. Pero controla el 95% de la depuración de los minerales estratégicos (tierras raras) y la producción de elementos necesarios para las energías renovables. Sus instituciones no son democráticas y el poder es unísono.

En última instancia, en cuanto a la forma de entender la guerra, y eso se está obviando en las discusiones, las potencias medias deben elegir qué jerarquía les ofrece mayor margen de maniobra. El peligro reside en confundir la ostentación de autonomía con la esencia del poder: celebrar cumbres y discursos inspiradores mientras las verdaderas palancas del dinero, la tecnología, la energía y la fuerza se acumulan en manos más poderosas. La seguridad no provendrá solo de mantenerse en solitario ni de formar coaliciones ad hoc, sino de negociar eficazmente dentro de un sistema más amplio con una potencia líder.

Acercándonos a España, Florentino Portero en *El Debate* de 26 de mayo indica que nuestro país pertenece a un club de potencias medias (Unión Europea-UE), pero vive un período en el que resulta casi imposible llegar a acuerdos de fondo sobre cuáles deberían ser las bases de nuestra Estrategia de Seguridad Nacional, donde se determinen los intereses estratégicos de seguridad y las capacidades necesarias para protegerlos.

Portero insiste en que es necesario disponer de la decisión política que determine a quién debemos disuadir, de quién defendernos, cómo y con qué, y con quién aliarnos. Todo ello en el contexto de una Revolución Tecnológica donde el desarrollo y aplicación de la IA aporta nuevos criterios en la concepción de las operaciones, de donde derivan las necesidades de sistemas de información, de armas, de inteligencia, de guerra electrónica y de toma de decisiones, siendo decisivos para las Fuerzas Armadas que pretenden estar en la vanguardia tecnológica. La incorporación de nuevas tecnologías y la IA lleva a cambios en la forma de entender la guerra y eso parece que se está obviando en la formación y en la doctrina de empleo de la Fuerza que, a su vez, determina las capacidades militares necesarias.

Recientemente Estados Unidos ha aprobado una normativa cuyo objetivo es sostener y reforzar el dominio global en la IA, que rompe con la idea anterior de que las normas limitan la capacidad de innovación. El cambio es radical porque se sienten líderes del ecosistema global tecnológico. El privilegio exorbitante del dólar, concepto de los 60 del siglo pasado, ha cambiado. Ahora es la arquitectura de IA la determinante. Para las potencias medias, la interdependencia tecnológica, la dependencia asimétrica no es neutral, manda quien tiene la tecnología. Estados Unidos construye el sistema y escribe las reglas de uso. En ese escenario, Europa es la potencia normativa elegante, regula, pero no construye. Finalmente, el que tiene el poder real es el que controla el sistema y quien escribirá las reglas.

En ese escenario, el problema a resolver, en primer lugar, es la «carencia de una Estrategia de Seguridad Nacional» que determine los intereses estratégicos y que sirva de marco político de referencia para poder proponer el conjunto de medidas e inversiones necesarias para dotar a España de los medios con los que garantizar los intereses nacionales. Para ello será necesario establecer una política exterior proactiva en su concepción. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2026